

se habrá equivocado esta señorita?, me pregunté... Estaba a punto de pedirle explicaciones cuando apareció un hombre elegante con cara de mayordomo de película inglesa. —Mañana a las once mandarán las ostras, señor... Eh, ¿espero en el coche? —Eh... Sí, por favor. Espere en el coche —dije como un idiota.

"Me fui a cambiar. ¿Qué ostras? No comprendía nada, ni una palabra, de todo esto."

Los relatos están ubicados en México, en California, en Chile y constituyen valiosas muestras del género. De factura sobria y dinámica, exhiben una prosa tersa, expresiva. El conflicto humano depurado de elementos dilatorios, se sucede en ágil alternativa; el tiempo impone su signo en el desenlace vital. Cada cuento canaliza y se gradúa para su justa solución emocional. Son relatos de perspectiva directa y clara, aun en temas como el de "La frontera", situado en el bajo fondo chileno. Allí lo oscuro y grosero se sumerge en una claridad fresca, plácida y burlona como la sonrisa nativa. "La señora Pérez se sacó el jabón de las manos. ¿Por qué sería tan antipático con ella este Pantruca? Ella siempre lo trataba bien, le tenía cariño y algo más que cariño. Era uno de los mejores muchachos de la población. Buenmozo, varonil. No entendía por qué la Carmencita, la hija del comunista, no le hacía caso. Claro que Carmencita era un poco mayor y le gustarían los hombres más entraditos en edad. Pero después de todo, el Pantruca representaba más de los quince años que tenía. ¡Tan lesa la Carmencita! Lo que se perdía. ¿Qué hay con tener unos años más?"

El autor nos entrega relatos amenos e incitantes, en los cuales el mundo de hoy, de aquí y de allá, se mueve en fuga apasionante.

<https://doi.org/10.29393/At392-84NALY10084>

Las nubes y los años, de FERNANDO GONZÁLEZ URÍZAR

Página tras página, casi hasta el fin del libro, vamos recibiendo en el silencio las gotas de la amarga y removida esencia. Cuando la cosecha de un poeta en madurez nos conmueve tan sombríamente, deseamos encontrar la raíz de este dolor de vida y muerte, de este diálogo con los espectros de la carne y del tiempo. Ya en aquella "Eternidad esquiva", su primer cuaderno, la oscura reticencia penetraba la imagen y conturbaba el ritmo. En el presente libro, el tono se afina bajo un resplandor de crepúsculo y de fuga fatal hacia los horizontes imponderables. El espíritu entrega aquí sus potencias y sus vanidades deshechas en fantasmagoría, frente a la nada que es el todo a donde no alcanzará el genio o la soberbia de la criatura humana. Esta persistencia en el dolor pudiera originarse en la tormenta de los años que precedieron a la muerte de la madre y que habría de culminar con el adiós definitivo. La lírica, como la novela y el drama, se miran a menudo en los veneros eternos para intentar nuevas resonancias y conquistar inéditas facetas en el universo de la imagen. El amor filial y el amor sexual con sus antinomias siguen siendo los pilares del ensueño y la violencia, del dolor y la gracia.

La íntima vibración de esta poesía, que se lee sin fatiga, nos confirma su legítima estirpe, negada a las influencias que tanto mal han hecho a la generación joven. Si el desgarrado trance alza sus hervores en Gabriela Mistral, herida por la muerte del amado o por el ansia del hijo ideal, ¿cuántos poetas no han concertado su angustia profética, desde los cánticos de la

Biblia hasta nuestros días?, ¿en cuántos el espacio de la imagen no ha sido oscurecido y subvertido o sufrió la locura del espejismo fatal?

De aquel dolor carnal y del caos de los sueños hay muestras nutridas en *Las nubes y los años*. Reflejos leves y fugaces sombras del historial lírico, como una pátina visten a veces el concepto y la metáfora. A ratos, en afán novedoso, se incrusta una palabra ajena que no beneficia la imagen ni el impulso. Pero todo esto es parte del aprendizaje, de la artesanía, siempre esforzados, ascendentes. El forjador habrá de estar atento a la naturaleza del metal, a su sensibilidad, a su dureza, a sus ocultas vetas. Ese ritmo de la poesía —puede ser sólo un ritmo interior— significa continuidad, mas nunca repetición manida. La conciencia de altitud y de integridad recóndita son inherentes a ella. Ese constante inclinarse sobre el íntimo mundo y sobre la faena que allí se realiza, constituye el imperativo del creador legítimo.

El dolor que la muerte del ser querido genera como un sagrado fuego, gravita en su conciencia despierta y de allí surge cual pesada bruma la fatalidad del tiempo.

*Callas, te vas hundiendo en años, sufres, hablas
pasas lleno de lluvia por las calles.*

*Los ojos se te prenden de muchachas
blancas, gráciles,
intocadas de polen y sarmientos.*

*“¡Ay, ni el vino, ni el sueño,
ni las largas caminatas de noche te sonrien!
No tienes paz, la sangre te desgarró
y te marchas de todos presuroso.*

En *Nubes sobre la noche*, exclama:

*¿Qué soy, qué busco, qué ardo, qué persigo entre ruinas?
¿Qué llanto, qué cigarras me esperan este invierno?
¿Cómo escapas un lunes, un miércoles, un sábado,
arena necesaria, pájaro indiferente!*

El acento no cede en su insistencia trágica y contenida, respira en el espacio poético sin dispararse, iluminado por las llamas de la materia herida y por el líbido cielo de la desesperanza. En vano buscamos en este horizonte de angustia un verde collado, unas alas azules, un alba de refugio a la templanza y la gracia.

L. Y.

Historia de la Marina Mercante de Chile, de CLAUDIO VÉLIZ
Ediciones de la Universidad de Chile, 1961

El autor de este acucioso estudio, Claudio Véliz, es investigador de Historia Económica. Su labor abarca diversos aspectos de la Economía. Frecuentó las Universidades de Estados Unidos y Gran Bretaña. Obtuvo su doctorado en la London School of Economics. En la actualidad es profesor de la Escuela de Estudios Económicos Latinoamericanos para Graduados, dependiente de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile.